



SEÑORES:

EL triste acontecimiento que hoy nos congrega en este recinto, donde tantas veces se ha escuchado la voz de la ciencia, me obliga á llevar la palabra á nombre de la Academia de Medicina, que, como la Escuela, cambia hoy su traje de gala por un fúnebre crespon, y las expansiones de gozo por las lágrimas de dolor. Frente al cadáver de D. Miguel Jimenez nuestra voz enmudece, el estupor se pinta en nuestro semblante y solo lanzan nuestros pechos ayes doloridos.

El golpe que la muerte ha llevado sobre su cabeza, solo ha herido á la sociedad en que vivia, á la ciencia que cultivaba y á la humanidad doliente, á cuyos intereses estaba consagrado; porque el genio nunca muere.

Las generaciones se suceden; la parte material del hombre sufre mil transformaciones en sus elementos; los cataclismos parecen destinados á reducir á la nada á las naciones; los sistemas suelen deificar los errores por algun tiempo, velando momentáneamente la verdad, y sin embargo la armonía del universo subsiste, y la verdad reaparece con más esplendor, proclamando siempre la ley indestructible del progreso. Para este trabajo de la naturaleza, conservador y regenerador á la vez, designa la Providencia hombres de genio, encargados de cumplir con sus altos designios, que de en medio de los escombros saquen los elementos de reconstruccion fisica y moral en beneficio de la humanidad. Este honroso papel tocó á Jimenez.

Nacido en una época en que la medicina mexicana apenas podia llamarse ciencia, ¿quién podría prever que seria con el tiempo una de las

columnas más sólidas de su hermoso templo? Una docena de hombres filantrópicos, llenos de abnegacion, ávidos de ciencia, celosos del buen nombre de la patria, y amigos sinceros de la humanidad, empuñaron la bandera de la reforma médica, y luchando con tropiezos casi insuperables, erigieron nuestra Escuela, que hoy es respetada por los pueblos más cultos. Allí comenzó la carrera gloriosa de Jimenez: dotado de un talento observador y un juicio recto, pronto se hizo admirar de sus condiscipulos, y considerar de sus maestros; y al terminar su brillante carrera fué nombrado miembro adjunto de esta Escuela: si la justicia y la admiracion colocaron temprano sobre sus sienes este merecido lauro, la noble emulacion y el reconocimiento pagaron con usura el beneficio.

Yo no quiero trazar uno á uno todos los rasgos principales del profesor; me basta contemplarlo en su nuevo destino al frente de sus alumnos, observando minuciosamente á los enfermos: nadie ántes que él habia dirigido á la juventud á descubrir con precision el sitio y la naturaleza de una enfermedad, haciendo aplicaciones de los conocimientos en todos ramos de la medicina, para fundar el diagnóstico, que la inspeccion del cadáver siempre comprobaba: él enseñaba prácticamente á hacer la conveniente aplicacion de los sentidos al conocimiento del mal: la palpacion y la auscultacion fueron en sus manos antorchas luminosas, que alumbraban casi con la claridad meridiana el obscuro sendero del diagnóstico. Él podia con razon enorgullecerse de ser el creador de la clinica interna en nuestro país, y de haber formado centenas de verdaderos médicos, que, con pleno conocimiento del mal, supieran dirigir la curacion de sus enfermos. ¡Cuántas victimas del error no ha arrebatado á la muerte esta enseñanza! ¡Cuántas indicaciones precisas llevadas á la cabecera del enfermo por este medio! La severa é inteligente interpretacion de todos los signos observados, completaban este estudio fecundo en aplicaciones: Jimenez habia formado en el examen de los enfermos, verdaderas fórmulas algebraicas, de resultados precisos siempre que los datos del problema eran exactamente tomados.

Pero si en este puesto se habia hecho acreedor á la inmortalidad, timbres mucho más gloriosos le esperaban en el seno de las Academias, en las discusiones familiares con sus amigos, en las juntas médicas de la práctica civil, y en las consultas de las autoridades. Llenas están las publicaciones científicas del fruto de sus lucubraciones, y cada uno de sus escritos revelan al profundo pensador y al médico inteligente.

Amante del progreso, no lo comprendía como esos hombres superficiales que pretendían establecer un ridículo antagonismo entre los antiguos y los modernos, sino que, encadenando los tiempos, seguía el consejo de un célebre escritor médico contemporáneo: «Subir sobre los hombros del gigante de ciencia formada por los siglos para ensanchar los horizontes y observar lo que se había ocultado á la vista de tantos sabios.» Los escritos de Jimenez vivirán al través de los tiempos como unas joyas preciosas, nunca manchadas por el espíritu de sistema, por la ligereza ó por los extravíos de la imaginación; porque son el reflejo purísimo de la verdad y la inducción severa de la lógica. ¿Quién no ha estudiado su notable opúsculo sobre el tabardillo de México? ¿Quién no se ha inspirado en sus lecciones clínicas sobre los abscesos del hígado, que han introducido una verdadera reforma en la ciencia, y que después de él han adoptado en Europa y América los hombres que van al frente de la civilización? ¿Quién no ha admirado sus observaciones sobre la embolia intestinal y los felices resultados obtenidos por un método nuevo, sencillo y eminentemente práctico? ¿Quién no ha admirado el espíritu severo de observación que ha precedido al estudio del mal de Bright y las diferencias anatómo-patológicas que ofrece entre nosotros? Interminable sería el referir uno á uno los concienzudos trabajos de nuestro ilustre compañero: todos contienen útiles lecciones, y casi no hay uno solo, en donde no se consigne una idea nueva de verdadero adelanto. Así comprendía el progreso. Huyendo de las exageraciones de secta, y sujetando al crisol de la crítica todas las innovaciones, desechaba los sueños dorados de entusiastas escritores, y adoptaba únicamente aquellas reformas que la experiencia patria comprobaba. La medicina de Jimenez no era la planta exótica traída de otras naciones á nuestro suelo sin preparar el terreno y estudiar los elementos de su aclimatación; comprendía que así como cada región y cada clima tienen sus elementos de existencia diferentes, y la vida fisiológica de cada pueblo es diversa, su patología debería estar sujeta á la misma ley, y los rastros de algunas enfermedades comprobaban su previsión. En la formación de la medicina mexicana, que imperiosamente demanda el alto lugar en que se ha colocado entre nosotros esta ciencia, y que un día se consumará, no serán estériles las observaciones de Jimenez.

La Academia de Medicina de México, entre cuyos miembros siempre ocupó un lugar distinguido, deplora amargamente su pérdida: un vacío difícil de llenar queda en su seno; desapareció para siempre el sabio que ilustraba con frecuencia las más delicadas cuestiones: el hombre

constante que á despecho de todos los obstáculos conservaba el fuego sagrado; el asistente asiduo y laborioso que satisfacía todas las comisiones que se le encomendaban con el afanoso empeño y la conciencia estricta de un deber; el inteligente operario de los intereses de la humanidad de que con tanta frecuencia se ocupaba esta corporacion; el médico digno y desinteresado, que solo aspiraba á elevar nuestra profesion á un sacerdocio sublime. La página que esta Sociedad consagra á su memoria, escrita con caracteres de oro, será tal vez la más gloriosa de sus anales. Ella mide la intensidad de su dolor por la magnitud de su pérdida; y cada uno de sus miembros en el fondo de su corazon, erige un templo donde rendir su culto al saber de su antiguo presidente.

La gratitud y la admiracion demandan este homenaje; porque si el Académico era digno de él, el comprofesor tenia sobrado derecho á nuestro reconocimiento. Maestro de muchos, compañero de estudio de otros, amigo fiel y sincero de algunos, casi todos hemos tenido que ocurrir alguna vez á sus consejos, para aclarar puntos dudosos de diagnóstico, en el ejercicio de nuestra profesion.

La gloria habia circundado su cabeza con los mil laureles conquistados á fuerza de estudios y trabajos en el recinto de su gabinete en sus discusiones en la sociedad familiar y á la cabecera de los enfermos; y no habia una sociedad que no lo contara entre sus miembros y en donde no fuera justamente respetado. Su nombre y escritos traspasaron los mares y los anales de la comision científica de Francia, y algunas publicaciones europeas honraron sus páginas con sus escritos. Jimenez habia conquistado su puesto en el templo de la inmortalidad: se habia formado el hermoso pedestal de su gloria, y para colocar sobre él su gigantesca figura, era preciso que la muerte lo arrebatara de nuestra vista. Tres astros de primera magnitud han desaparecido en espacio de dos meses: Andral en Francia, Vértiz y Jimenez en México.

Al concluir su mision sobre la tierra nuestro querido compañero, dejó en herencia á la generacion actual la abundante cosecha recogida en medio siglo de estudios y trabajos: pasó á ocupar un lugar distinguido en la historia; y con la conciencia tranquila y la fe ciega del creyente, imploró misericordia de Aquel que ha ofrecido que el que creyere en él no perecerá. Esa tumba que nos llena de terror no es más que el vestíbulo que abre la entrada al templo de la inmortalidad, y el lecho en donde con santa resignacion sufrió Jimenez agudos dolores, el principio de la escala que conduce al cielo. Hoy es el día de su triunfo.

Limpiémos nuestros ojos de esas lágrimas que nublan nuestra vista, y en vez de los sollozos y suspiros con que turbamos la paz del sepulcro, reguemos su tumba de flores, adornémosla de guirnaldas, y que-memos sobre ella gratos perfumes.

Si la inmensidad de nuestra pérdida nos arroja en el abatimiento y el dolor, el recuerdo de la vida de Jimenez nos reanimará en nuestros trabajos procurando imitarlo. En vez de perder la rica herencia que nos ha legado, hagámosla productiva, dejando nuestro contingente á las generaciones que nos sucedan.

Ya no podremos oír de su boca yerta y sin vida las profundas reflexiones del eminente académico ni del sabio maestro; pero tendremos consignados en sus escritos, luminosos conceptos que nos sirvan de guía en nuestras investigaciones. No tendremos un modelo vivo que imitar, pero su brillante historia nos deja trazadas las huellas que debemos seguir.

El tránsito de Jimenez de esta vida á la inmortal, es un ejemplo palpable de que el mérito se hace siempre lugar aun en medio del fango de las pasiones humanas. Ante ese cadáver, á quien no llegan el hálito ponzoñoso de la envidia, y de quien nada tiene que esperar la adulacion, se agrupa toda la Sociedad Mexicana, todos los cuerpos científicos y lo más selecto de nuestra capital, y vienen á tributar el respeto y la admiracion que supo conquistarse con sus hechos.

La Academia de Medicina, herida profundamente en sus más caras afec-ciones, tambien se asocia al fúnebre cortejo, y coloca sobre su tumba un inmarcesible laurel, haciendo un juramento sagrado de corresponder con sus hechos el noble ejemplo de su compañero: y al dejar consignado en sus anales el nombre de Jimenez, lo circundará con la corona de admiracion que los estudios y trabajos de sus miembros formen, siguiendo su ejemplo.

JOSÉ MARIA REYES.